

NOCHE HELADA

Abril Ricca bajo el seudónimo *Cafea rece*

Mención

La brisa abofetea mi rostro a cada paso que doy, la calle empedrada por la que camino golpea mis pies y mis inquietos cabellos ocultan la tristeza que refleja mi expresión. Las lágrimas se amontonan para salir, acumulándose hasta nublar mi vista. Refriego mi mano con fuerza, tratando de quitarlas a todas. Mis manos están congeladas, tanto que ningún bolsillo es lo suficientemente cálido como para devolverles la fácil movilidad, y mi cabeza duele como si le estuvieran clavando millones de agujas al mismo tiempo.

Es irónico como quien hoy te saca la sonrisa más grande mañana puede arrancártela sin piedad alguna. Como depositamos todo lo que somos en alguien que creemos no será igual, como tantas veces lo volvemos a hacer porque queremos creer que no será lo mismo. Es difícil dejarse conocer en totalidad, y muchas veces que uno se abre no resulta ser lo que esperaba.

¿Me creerías si te dijera que la frialdad es un escudo? Aquella chica desalmada con la que alguna vez tuviste contacto, la que siempre ríe ante la bobada más grande, pero para acercarte necesitas más abrigo que en la Antártida. Esa chica tiene la sonrisa pintada con marcador permanente, para que ni la más fuerte tormenta de sus ojos manche un solo diente. Esa chica que es una bomba atómica, que al exportar parece destruirlo todo, simplemente es una alarma antes que la autodestrucción se encienda. Antes de que el edificio tan difícil de construir caiga sobre ella, no por un error de cálculo, sino por un desastre incontenible. Esa chica que tiene interesantes cosas para decir, pero teme compartirlas. Esconde su miedo debajo de excesiva honestidad, entreverado palabras entre cuentos sin sentido. La que oculta sentimientos bajo el tapete, y cuando este se desborda, escoge cuáles dejará escapar. Aquella que finge valer algo, pero frente al espejo se desmorona. Se destruye, por miedo ante que alguien más lo haga. A veces se recompone momentáneamente, por lástima, por darse una oportunidad. Esa de gustos y opiniones particulares, que es tan terca como mente abierta, que pareciera no molestarle ser diferente.

No quise darle poder sobre mí a nadie, pero detalles y momentos arrastran mi mente de vuelta a la esperanza de la que llevo años tratando de escapar. Porque la

decepción ha sido demasiado para mí, porque hasta el más persistente se cansa de insistir.

Me acomodo la abrigada campera, en un afán de detener los escalofríos. La gente va y viene por las anchas veredas, y la calle reboza de autos. Continúo mi camino hacia el hotel, aunque no tengo deseos de regresar. Había dejado mi celular en la habitación al salir distraída tras mi mejor amigo. El día que teníamos planeado por delante era largo, muchas visitas, muy poco tiempo, sin ninguna parada. Supongo que no tenía en cuenta la pelea que tuvimos, no estaba en sus planes que tomara otro camino al aburrirme de visitar tantos lugares que solo eran de su interés. Desvío el recorrido hacia la parada cuando una tienda de manualidades aparece ante mí. La recorro entera, fascinada por los originales recuerdos que allí había. Elijo unos cuantos, tomo lugar en la fila más larga, y espero paciente mientras observaba a todos ir y venir. Retomo camino hacia la estación de metro, el viento sigue soplando con violencia, pero yo he logrado parar de llorar.

Las luces mantienen la estación brillante, ves a todos correr de un lugar a otro, tratando de llegar a tiempo a las pistas. Resuenan las alarmas de los metros, y el repiqueteo de los pasos, con las ruedas de las maletas detrás.

¿Nunca te ha pasado que te sientes vacía? Te ríes y la pasas bien, pero es un momento. Sabes en el fondo que terminará y la misma maldita sensación volverá.

¿Es acaso tan difícil ser feliz?

Siento que no tengo propósito en esta vida, que voy sin rumbo a donde me lleve el viento. No sigo a nadie, ni me siguen a mí. Voy sola en cada camino, cruzando personas en cada esquina que sé que no se quedarán.

Dentro, el repiqueteo de los pasos se pierde entre los gritos en miles de lenguajes distintos, y risas desenfrenadas de quienes esperan transporte. El frío se hace sentir más fuerte, y el vacío apreta mi pecho más que nunca.

Me da miedo perder el metro, así que no retiro de la mochila el libro que cargo desde que comenzó el viaje. Me dedico a observar mis alrededores, evitando pechazos de los apurados, y miradas curiosas de los aburridos.

Al tiempo que el metro se detiene, un grupo de amigos irrumpe en la estación. Se amontonan a mis alrededores, poniéndome nerviosa. Suspiro, descolgando la mochila de un hombro para así tenerla más cerca. Me acerco a la puerta del metro, y pulso

suavemente el botón que se supone la abre, sin embargo, no percibo ningún movimiento.

—Lasciamelo fare —dice uno, haciéndome a un lado—. Non perderò il metro a causa di un turista sciocco.

Coloca su mano, y las puertas se abren en un segundo.

—Grazie —murmuro, pues era de las pocas cosas que había aprendido.

No contesta, y da un salto seguido de sus amigos. El metro chilla, indicando que ya nadie puede subir. Doy un pequeño salto, y la puerta se cierra de golpe detrás de mí. Volteo con lentitud, y me ha agarrado un pequeño mechón de cabello. Avergonzada, me recuesto para que nadie lo note, mientras miro a mis alrededores buscando señales de burla. A unos centímetros de mí, el grupo de amigos aguanta la risa. No me están mirando, pero siento que se ríen de mí. El que abrió la puerta hace un gesto brusco, seguido de una mirada que recorre todo el vagón. Sus amigos ríen, y yo me encojo, como si de ese modo pudiera desaparecer. Cuando las puertas detrás de mí se abren, un turista apurado me lleva puesta con su valija, casi que empujándome fuera del metro. Minutos más tarde, se detiene en mi parada. Bajo sumida en mi mundo, y por poco no me doy cuenta que alguien quiso manotearme la mochila.

Llegando al hotel, veo a mi mejor amigo en la entrada. Está sentado de piernas cruzadas, sumido en una conversación por teléfono que lo tiene manando felicidad, y con una sonrisa que le va de oreja a oreja.

Supongo que así son las cosas, a veces no salen como queremos, a veces terminamos estorbando en la vida de los demás. El viaje estaba planeado para hacerlo con su novio, pero un problema de última hora dio vuelta el asunto y acabó haciéndolo conmigo. La complicidad nos hizo creer que funcionaríamos en un viaje planeado para otras personas, y así fue durante los primeros días, hasta que me aburrí. Llámame egoísta, pero él se rehusó a escuchar mis sugerencias, por más mínimas que fueran, ni siquiera cuando el desvío no se notaría en absoluto.

Creí que era culpa de él, pero ahora que lo veo, la culpa es mía. Su sonrisa pocas veces era tan brillante estando conmigo.

Dicen que todos nacemos buenos, pero no es verdad. Algunos traemos este maldito virus dentro de nosotros, listo para atacar a quienes no lo tienen. Nací para odiar, creyendo que estaba amando.

Nací para destruir, esperando estar ayudando.